

-¡Estamos pasando!

La voz del comandante se oía como cuando se quiebra una capa delgada de hielo. Llevaba el uniforme de gala, con la gorra blanca, cubierta de bordados de oro, inclinada con cierta malicia sobre uno de sus fríos ojos grises.

-No lo lograremos, señor. Según mi opinión está por desencadenarse un huracán.

-No le estoy pidiendo su opinión, teniente Berg -dijo el comandante-. ¡Ponga en marcha el generador de luz a 8500 revoluciones! ¡Vamos a pasar!

El golpeteo de los cilindros aumentó: ta-poqueta-poqueta-poqueta-poqueta-poqueta. El comandante observó la formación del hielo sobre la ventanilla del piloto. Dio unos pasos y manipuló una hilera de complicados cuadrantes.

-¡Enciendan el motor auxiliar número 8! -gritó.

-¡Enciendan el motor auxiliar número 8! -repitió el teniente Berg.

-¡Poder máximo en la torrecilla número 3! -gritó el comandante-. ¡Poder máximo en la torrecilla número 3!

Los tripulantes, atareados en el desempeño de sus respectivos trabajos dentro del gigantesco hidroplano de ocho motores de la Armada, con sonrisa aprobatoria se decían entre sí:

-¡El viejo nos hará pasar! ¡Ese viejo no le tiene miedo ni al diablo...!

‑¡No tan aprisa! ¡Vas demasiado aprisa! ‑dijo la señora Mitty‑.
¿Por qué vamos tan de prisa?

-¿Qué? -dijo Walter Mitty.

Con un extraño asombro miró a su mujer que estaba sentada a su lado. Le hizo el efecto de ser una mujer desconocida que le hubiera gritado en medio de una multitud.

-Ibas a 55 millas por hora -dijo-. Sabes bien que no me gusta correr a más de 40. ¡Llegaste a 55!

Walter Mitty siguió conduciendo hacia Waterbury, en silencio, alejándose el rugido del SN202 a través de la peor tormenta que había experimentado durante sus veinte años de vuelos al servicio de la Armada en las íntimas y remotas rutas aéreas de su imaginación.

-Otra vez estás tenso ‑ dijo la señora Mitty‑. Es uno de tus días. Me gustaría que le permitieras al doctor Renshaw examinarte.

Walter Mitty detuvo el coche frente al edificio adonde su esposa iba para que le arreglaran el peinado.

-No te olvides de comprar los zapatos de goma, mientras me peinan -dijo ella.

-No necesito zapatos de goma -dijo Mitty.

Ella colocó el espejito de nuevo en su bolsa de mano.

-Ya hemos discutido eso ‑ dijo apeándose del coche‑. Ya no eres joven.

Él aceleró el motor unos instantes.

‑¿Por qué no llevas puestos los guantes? ¿Acaso los perdiste?

Walter Mitty se llevó la mano a un bolsillo y sacó los guantes. Se los puso, pero tan pronto como ella volvió la espalda y entró al edificio, y después de llegar a una luz roja, se los quitó.

-¡Dese prisa! -le gritó un policía cuando cambió la luz, y entonces Mitty se puso de nuevo los guantes y reanudó la marcha. Anduvo recorriendo calles sin rumbo fijo, y luego se encaminó hacia el parque, cruzando de paso frente al hospital.

-...Es el banquero millonario Wellington McMillan -dijo la linda enfermera.

-¿Sí? -preguntó Mitty mientras se quitaba lentamente los guantes.

¿Quién tiene el caso?

-Los doctores Renshaw y Bendow, pero hay también dos especialistas aquí, el doctor Remington de Nueva York, y el doctor Pritchard‑Mitford de Londres, que hizo el viaje en avión.

Se abrió una puerta que daba acceso a un corredor largo y frío, en el que apareció el doctor Renshaw. Parecía aturdido y trasnochado.

-¡Hola, Mitty! ‑le dijo‑. Estamos pasando las de Caín con McMillan, el banquero millonario que es un íntimo amigo de Roosevelt. Obstreosis del área conductiva. Una operación terciaria. Ojalá que usted quisiera verlo.

-Con mucho gusto -dijo Mitty.

En la sala de operaciones se hicieron las presentaciones en voz baja:

-El doctor Remington, el doctor Mitty. El doctor Pritchard‑Mitford, el doctor Walter Mitty.

-He leído su libro sobre estreptotricosis ‑dijo Pitchard‑Mitford, estrechándole la mano‑. Un trabajo magnífico.

-Gracias -dijo Walter Mitty.

-No sabía que estuviere usted en Estados Unidos, Mitty ‑murmuró Remington‑, llevar bonetes a Roma; eso fue lo que hicieron al traernos a Mitford y a mí para esta operación terciaria.

-Es usted muy bondadoso -dijo Mitty.

En aquel momento, una máquina enorme y complicada conectada con la mesa de operaciones, con muchos tubos y alambres, comenzó a hacer un ruido: poqueta-poqueta-poqueta.

-¡El nuevo anestesiador está fallando! ‑gritó un interno del hospital‑. ¡No hay en el Este que sepa componer este aparato!

-¡Calma, hombre! -dijo Mitty, en voz baja y serena, y en un momento se colocó frente a la máquina, que seguía haciendo en forma irregular poqueta-poqueta-cuip-poqueta-cuip. Comenzó a mover con suavidad una serie de llaves brillantes.

-¡Denme una estilográfica! -dijo secamente.

Alguien le entregó una pluma estilográfica. Sacó entonces un émbolo defectuoso, y en su lugar insertó la pluma.

-Esto resistirá unos diez minutos ‑dijo‑. Prosigan la operación.

Una enfermera se acercó y dijo algo al oído de Renshaw, y Mitty pudo ver que el hombre palidecía.

-Ha aparecido la coreopsis ‑dijo Renshaw, muy nervioso‑. ¿Quisiera usted intervenir, Mitty?

Mitty se les quedó mirando a él y al atemorizado Bendow, y fijó luego la vista en los rostros austeros y llenos de incertidumbre de los dos grandes especialistas.

-Si ustedes lo desean -dijo.

Le pusieron una túnica blanca y él mismo se ajustó una máscara y se puso los guantes de cirugía que le presentaban las enfermeras.

‑¡Atrás, hombre, atrás! ‑dijo el encargado del parque‑
¡Cuidado con ese Buick!

Walter Mitty aplicó los frenos.

-No, carril equivocado -continuó el encargado.

Mitty murmuró algo ininteligible. Empezó a mover el carro hacia atrás, en la dirección equivocada.

-Déjelo donde está. Yo lo colocaré debidamente -dijo el encargado del estacionamiento.

Mitty se apeó del coche.

-¡Mejor déjeme la llave!

-Sí, sí -dijo Mitty y entregó la llave.

El empleado entró al coche de un salto, lo hizo retroceder con insolente habilidad y lo colocó en el lugar correcto.

“Son tan altaneros”, pensó Walter Mitty mientras caminaba por la calle Main, “creen que lo saben todo”.

Una vez, a la salida de New Milford, había tratado de quitar las cadenas antideslizantes de las ruedas y las enredó en los ejes. Hubo necesidad de llamar a una grúa para que el mecánico desenredara las cadenas. Desde entonces, cuando se trataba de quitar las cadenas, la señora Mitty lo obligaba a llevar el coche a un taller para que efectuaran esa sencillísima operación. “La próxima vez”, pensó Mitty, “me pondré un brazo en cabestrillo y entonces no se reirán de mí, pues verán así que me era imposible quitar yo mismo las cadenas”. Pisó con disgusto la nieve fangosa en la acera.

-Zapatos de goma -se dijo, y se puso a buscar una zapatería.

Cuando salió de nuevo a la calle, ya con los zapatos de goma dentro de una caja que llevaba debajo del brazo, Walter Mitty comenzó a preguntarse qué otra cosa le había encargado su mujer. Le había dicho algo dos veces, antes de que salieran de su casa rumbo a Waterbury. En cierto modo, odiaba esas visitas semanales a la ciudad; siempre le salía algo mal. “¿Pañuelos desechables, pasta dentífrica, hojas de afeitar?”, pensó. “No. ¿Cepillo de dientes, bicarbonato, carborundo iniciativa o plebiscito?” Se dio por vencido. Pero ella seguramente se acordaría.

-¿Dónde está la cosa esa que te encargué? -le preguntaría-. No me digas que te olvidaste de la cosa esa?

En aquel momento pasó un muchacho voceando algo acerca del juicio de Waterbury.

‑... Tal vez esto le refresque la memoria.

El fiscal súbitamente presentó una pesada pistola automática al ocupante del banquillo de los testigos.

-¿Ha visto usted esto antes, alguna vez?

Walter Mitty tomó la pistola y la examinó con aire de conocedor.

-Esta es mi Webley‑Vickers 50.80 -dijo con calma.

Un murmullo que denotaba agitación general se dejó oír en la sala de la audiencia. El juez impuso el silencio dando golpes con el mazo.

-Es usted un magnífico tirador con toda clase de armas de fuego, ¿verdad? -dijo el fiscal con tono insinuante.

-¡Objeto la pregunta! -gritó el defensor de Mitty‑. Hemos probado que el acusado no pudo haber hecho el disparo. Hemos probado que la noche del 14 de julio llevaba el brazo derecho en cabestrillo.

Walter Mitty levantó la mano como para imponer silencio y los abogados de una y otra parte se quedaron perplejos.

-Con cualquier marca de pistola pude haber matado a Gregory Fitzhurst a cien metros de distancia, usando mi mano izquierda.

Se desencadenó el caos en la sala del tribunal. El alarido de una mujer se impuso sobre todas las voces y, de pronto, una mujer joven y bonita se arrojó en los brazos de

Walter Mitty. El fiscal la golpeó de una manera brutal. Sin levantarse siquiera de su asiento, Mitty descargó un puñetazo en la extremidad de la barba del hombre.

-¡Miserable perro!

‑Galletas para los cachorros -dijo Walter Mitty.

Detuvo el paso, y los edificios de Waterbury parecieron surgir de entre la niebla de la sala de audiencias, y lo rodearon nuevamente. Una mujer que pasaba por ahí se echó a reír.

-Dijo Galletas para cachorros ‑explicó a su acompañante‑. Ese hombre iba diciendo galletas para cachorros, hablando solo.

Walter Mitty siguió su camino de prisa. Fue a un supermercado, pero no en el primero que encontró, sino en otro más pequeño que estaba calle arriba.

-Quiero galletas para perritos muy chicos -dijo al dependiente.

-¿De alguna marca especial, señor?

El mejor tirador de pistolas del mundo pensó durante un momento.

-En la caja dice que los perritos ladran de gusto por esas galletas -dijo Walter Mitty.

Su mujer ya debía de haber terminado en el salón de belleza, o tardaría tal vez otros quince minutos, pensó Mitty consultando su reloj, a menos que hubiera tenido dificultades para teñirse como le había ocurrido algunas veces.

A ella no le agradaba llegar al hotel antes que él; deseaba que la aguardara allí como de costumbre. Encontró un gran sillón de cuero en el vestíbulo, frente a una ventana, y puso los zapatos de goma y las galletas para cachorros en el suelo, a su lado. Tomó un ejemplar atrasado de la revista Liberty y se acomodó en el sillón. “¿Puede Alemania conquistar el mundo por el aire?” Walter Mitty vio las ilustraciones del artículo, que eran de aviones de bombardeo y de calles arruinadas.

-...El cañoneo le ha quitado el conocimiento al joven Raleigh, señor -dijo el sargento.

El capitán Mitty alzó la vista, apartándose de los ojos el pelo alborotado.

-Llévenlo a la cama con los otros ‑dijo fatigado‑. Volaré solo.

-Pero no puede usted hacerlo, señor ‑dijo el sargento con ansiedad‑. Se necesitan dos hombres para manejar ese bombardero y los enemigos están

sembrando el espacio con proyectiles. La escuadrilla de Von Richtman se encuentra entre este lugar y Saulier.

-Alguien tiene que destruir esos depósitos de municiones ‑dijo Mitty‑,. Iré yo. ¿Deseas un trago de coñac?

Sirvió una copa para el sargento y otra para él. La guerra tronaba y aullaba en torno de la cueva protectora y golpeaba la puerta. La madera estaba desbaratándose y las astillas volaban por todas partes dentro del cuarto,

-Una migajita del final -dijo el capitán Mitty negligentemente.

-El fuego enemigo se está aproximando -dijo el sargento.

-Solo vivimos una vez, sargento ‑dijo Mitty con su sonrisa lánguida y fugaz‑,. ¿O acaso no es así?

Se sirvió otra copa, que apuró de un trago.

-Nunca había visto a nadie que tomara su coñac como usted, señor ‑dijo el sargento‑,. Perdone que lo diga, señor.

El capitán Mitty se puso de pie y fijó la correa de su automática Webley‑Vickers.

-Son cuarenta kilómetros a través de un verdadero infierno, señor -dijo el sargento.

Mitty tomó su último coñac.

-Después de todo ‑dijo bajito‑,. ¿dónde no hay infierno?

El rugido de los cañones aumentó; se oía también el rat‑tat‑tat de las ametralladoras, y desde un lugar distante llegaba ya el paquete-paquete-paquete de los nuevos lanzallamas. Walter Mitty llegó a la puerta del refugio protector tarareando Auprès de Ma Blonde. Se volvió para despedirse del sargento con un ademán:

-¡Tranquilo, sargento! -dijo.

Algo le golpeó un hombro.

-Te he estado buscando por todo el hotel ‑dijo la señora Mitty‑ ¿Por qué se te ocurrió esconderte en este viejo sillón? ¿Cómo esperabas que pudiera dar contigo?

-Las cosas empeoran -dijo Mitty vagamente.

-¿Qué? -exclamó la señora Mitty-. ¿Conseguiste aquello... cómo se llama? ¿Las galletas para el cachorro? ¿Qué hay en esa caja?

-Los zapatos de goma -dijo Mitty.

-¿No pudiste habértelos puesto en la zapatería?

-Estaba pensando ‑dijo Walter Mitty‑. ¿No se te ha llegado a ocurrir que yo también pienso a veces?

Ella se le quedó mirando.

-Lo que voy a hacer es tomarte la temperatura tan pronto como lleguemos a casa -dijo.

Salieron por la puerta giratoria, que produce un chirrido débilmente burlón cuando abre. Había que caminar dos calles hasta el carro. En la farmacia de la esquina le dijo ella:

-Espérame aquí. Olvidé algo. Tardaré apenas un minuto.

Pero tardó más de un minuto. Walter Mitty encendió un cigarrillo. Comenzó a llover y el agua estaba mezclada con granizo. Se apoyó en la pared de la farmacia, fumando. Apoyó los hombros y juntó los talones.

-¡Al diablo con el pañuelo! -dijo Walter Mitty con desdén.

Dio una última fumada y arrojó lejos el cigarrillo. Entonces, con esa sonrisa leve y fugaz jugueteando en sus labios, se enfrentó al pelotón de fusilamiento. Erguido e inmóvil, altivo y desdeñoso, Walter Mitty el Invencible, inescrutable hasta el fin.